

DE LAS REDES DE DISTRITOS A LOS DISTRITOS DE REDES

Georges Benko y Alain Lipietz

AL final de este recorrido de trece coloridos, y a menudo polémicos, capítulos por la geografía de los nuevos espacios económicos, ¿podemos extraer alguna conclusión cierta? Desgraciadamente, no estamos seguros. No obstante, se destacan con fuerza algunas ideas a nivel del método y de los resultados. Nosotros (intelectuales, investigadores, estudiosos) tenemos la suerte de haber vivido, de vivir hoy, una crisis espectacular del mundo económico y de la realidad espacial que éste ha contribuido a estructurar. Esa crisis entraña un cortejo de sufrimientos incalificables, cuyo eco se percibe a veces bajo el estilo frío, la contención profesional de los autores. Pero nadie puede escapar a la fascinación de ver nacer un mundo nuevo, diferente del de nuestra infancia y, para los más viejos de nosotros, del de nuestros primeros trabajos. Adivinar en sus primeros signos la futura realidad social, ésta es la más noble ambición de un investigador, éste es el placer, la parte de riesgo de su oficio. Las contribuciones de esta recopilación formulan apuestas sobre el porvenir como conclusión de su investigación sobre el presente. Estas apuestas divergen a menudo, y ello es normal. Sin embargo, se dibuja un tronco común: un "paradigma".

En primer lugar, a nivel de método. Se trata del gran regreso de la "organización industrial", del estudio de las modalidades de las relaciones entre actividades económicas *separadas*, en el corazón mismo del análisis geográfico. Hace veinte años, dominaba el fantasma de una planificación racional, la de las grandes empresas y los Estados, estructurando la producción, la reproducción social y el espacio. La *jerarquía* (en la empresa), el *gobierno* (de la sociedad) parecían controlar la *ordenación* urbana y regional. Hoy, la aparente espontaneidad de los agentes en sus iniciativas competidoras parece tener la primera y la última palabra, modificación

radical que parece la clave de la nueva geografía económica. “Desintegración vertical”, “división social del trabajo”, son sin duda alguna las principales coincidencias en estos ensayos.

Pero como la sociedad forma un todo, es necesario que estas separaciones, que esta contradicción entre la subjetividad empresarial y la coherencia social sea regulada de alguna manera, incluso durante la crisis, y sobre todo para salir de ella. Y el primer resultado que salta a la vista es que la materialización de las actividades en el espacio, el paisaje económico en el sentido propio del término, es la *primera* de las formas de regulación. Antes incluso que el mercado, antes que la primera transacción monetaria entre un proveedor y su cliente, entre un asalariado y su empleador. De la misma manera que en tiempos de Marx la “cooperación simple”, el agrupamiento de artesanos bajo el techo del mismo taller, constituyó la primera etapa de la jerarquía capitalista (su primera versión del “panoptikon” tan caro a Foucault), así la *aglomeración*, con su cortejo de oportunidades potenciales, actualizables a bajo coste, fue y sigue siendo la primera condición del mercado capitalista.

Y cuando decimos a bajo coste, no pensamos tanto en los costes de transporte como en los costes de información, en los costes de transacción en sentido estricto. Y cuando hablamos de información, no hablamos de esa información estándar que aparece en las consolas del ordenador de la misma forma que antes era publicada en los mercuriales. Hablamos de información en sentido estricto: lo nuevo, lo contingente, lo improbable, que destaca sobre el ruido de fondo de las rutinas. Es otro resultado convergente de estos estudios: la telemática no ha hecho retroceder en absoluto el deseo de aglomeración. Todos los capítulos de este libro hablan no obstante de las “tecnologías de la información”, pero para captar el “discurso” (*logos*) de este “arte” (*techné*) es necesario estar allí, en el lugar, caer en la cuenta, con los propios ojos, *cara a cara*.

En una palabra, *la aglomeración es al espacio lo que el aprendizaje al tiempo*. La “atmósfera” tan frecuentemente invocada, siguiendo a Marshall, por las contribuciones de la primera parte, es la exacta contrapartida de la “cultura”, de la “formación”, de la “experiencia”. Es la forma colectiva de esta experiencia creadora, es el instrumento por medio del cual los humanos se comunican sus experiencias individuales, y es la base colectiva de la subjetividad individual.

Por tanto, es natural que cuando la crisis quebranta el control macroeconómico de los Estados nacionales, cuando la emergencia de nuevas tecnologías y la inestabilidad de los mercados desestabilizan los modos de gestión ampliamente experimentados por las grandes empresas, cuando, en una palabra, retrocede la “jerarquía”, entonces vuelve con toda su

fuerza la aglomeración, esta antecámara del mercado, esta palestra para el mercado. Para el presente y el futuro inmediato, la urbanización es una y otra vez la ganadora: por el momento, es el “fin de la fábrica rural”.

Ahora bien, la aglomeración industrial, el “distrito industrial”, ¿sólo funciona bien en el “mercado”? Y el mercado ¿vuelve con toda su fuerza debido al debilitamiento transitorio del poder de las jerarquías (la de los oligopolios y la de la sociedad política), o debido a las necesidades estructurales de un nuevo modelo de desarrollo (a su vez inducido por una revolución tecnológica), la *acumulación “flexible”*? Aquí es donde comienza el debate.

De entrada, un profundo foso divide a los “aficionados” al distrito representados en la primera parte. Para los italianos, Becattini y Garofoli, los distritos del “milagro” de la Tercera Italia (la de los años 1960-1980) *no* son puros distritos económicos, no son simplemente un bien colectivo que favorece las transacciones mercantiles. La “atmósfera” se materializa en otros modos de regulación en el seno de la sociedad civil: la familia, la “lealtad” entre empresarios y asalariados, el papel de las colectividades locales,¹ etc. En una palabra, la “comunidad” (necesariamente de tamaño bastante pequeño) en el sentido de Tönnies (*Gemeinschaft*), por oposición a la sociedad individualista mercantil (*Gesellschaft*). En el otro extremo del espectro (los franceses Courlet y Pecqueur ocupan una posición intermedia), el californiano Allen Scott nos presenta una “gigantesca acumulación de capital y de trabajo”, una lógica económica pura presidiendo la explosión de la megalópolis más espectacular de los años 80 (junto con Tokio): su ciudad, Los Ángeles. Dentro de una estricta continuidad del “sueño americano” (sin ignorar por ello a los desheredados), exalta el genio demiúrgico del espíritu de empresa, su capacidad creadora descentralizada, su fuerza de atracción y de integración sobre los desarraigados del mundo... Scott no ignora las formas no mercantiles de regulación internas a la aglomeración, pero subraya explícitamente que éstas han retrocedido al mismo tiempo que Los Ángeles hacía explosión... Y, mientras que los italianos concluyen prudentemente reflexionando sobre los peligros que pesan sobre los distritos, Allen Scott anuncia sin rodeos la llegada a la hegemonía de un nuevo modelo de desarrollo, la *“acumulación flexible”*, cuyos contornos esboza: polarización en el trabajo, polari-

¹ En un estudio que se concluye en el momento en que redactamos estas líneas, Danièle Leborgne (1991) saca a la luz el papel de los *comprendori*, asociaciones de municipios para la planificación urbana, social y económica, informales en los años 60, formalizadas en los años 70, y particularmente activas en Emilia-Romagna (la región de elección de los distritos de alta categoría), en Lombardía (es decir, de hecho en la Primera Italia), en Venecia, etc.

zación social, triunfo del mercado, retroceso del Estado, flexibilidad de las técnicas y de la mano de obra.

Es la brecha en la que se precipitan los autores de la segunda parte. No, nos dicen Amin, Robins, Martinelli y Schoenberger, la forma distrito no es la "forma finalmente encontrada" de salida de la crisis, por tres razones. En primer lugar, la vieja forma fordista no ha muerto: la gran empresa y su red jerarquizada de establecimientos, sucursales y subcontratistas, repartidos en el espacio por la mano visible de la planificación empresarial. En segundo lugar, los distritos a la italiana son casos particulares, extremadamente dependientes de una macroeconomía mundial que se les escapa y de relaciones de dependencia que desconocen. Las cualidades que se les concede esconden sus costes sociales: trabajo sobreexplotado de las mujeres, etc. La cualificación no es en modo alguno el rasgo característico de este nuevo modelo. Finalmente (y este es el argumento clave de Martinelli y Schoenberger), incluso si admitimos la hipótesis de un nuevo modelo de acumulación flexible, este modelo puede asumir diferentes formas, y la antigua jerarquía (típica de las multinacionales fordistas) puede aparecer con fuerza bajo la máscara mercantil de las relaciones de subcontratación. La autonomía de los pequeños empresarios en los años 70 y 80 no habría sido más que una breve pausa en una fase de reorganización dentro de la tendencia secular a la concentración del capital: una especie de "orden a través del desorden". Más radical aún, como economista, Robert Boyer aborda el problema en su origen: el nuevo modelo de desarrollo simplemente no existe aún, por tanto no tiene sentido tender las formas de desarrollo espacial sobre el lecho de Procusto de la acumulación flexible. Más vale estudiar *in vivo* las nuevas formas de regulación que se están desarrollando, y reflexionar sobre su coherencia.

Éste es, en mayor o menor grado, el planteamiento que suscriben todas las contribuciones de la tercera parte. Y, puesto que se habla de regiones urbanas, la atención se va a centrar en las formas de regulación intermedias entre la materialidad de la aglomeración urbana y el gobierno, la legislación y la acción del Estado. Aparece entonces un concepto que hemos denominado forma de articulación del poder. Se trata de todas las formas de regulación que no son ni mercantiles ni estatales. Parafraseando la definición de Gramsci (Estado = sociedad civil + sociedad política), por articulación del poder entendemos la sociedad civil menos el mercado... más, es imprescindible añadirlo, la sociedad política local, los notables y los ayuntamientos.²

² Al adelantar la noción de "armazón regional", utilizada en Lipietz (1977, 1985a, 1990a), Alain Rist parece haber intuido precozmente este concepto de "forma de articulación del poder a nivel regional" como base de una forma de hegemonía desprovis-

Este cambio de terreno de juego entraña inmediatamente dos consecuencias en la tercera parte de este libro: la sustitución del término distrito por el de "red", y el retorno con toda su fuerza de la política.

En primer lugar, la *red*. Es una forma de organización interempresarial que va más allá del mercado. Una forma de organización en la que las relaciones entre las empresas se establecen en términos de jerarquía (dependencia) o de colaboración cooperativa. La contribución de Storper y Harrison nos muestra la extrema variedad de las formas de articulación del poder, su indiferencia relativa respecto a la tecnología (en esta fase, esto ya no es un descubrimiento) y, más sorprendente, respecto al grado de división del trabajo. Hay distritos enteramente estructurados por sus grandes empresas núcleo, "distritos paternalistas", podríamos llamarlos, que no tienen nada de marshallianos. A partir de esto, la geografía de la desintegración vertical puede identificarse con la vieja geografía fordista de la que Manuel Castells y Francis Godard ya habían dibujado la caricatura dunkerquesa en *Monopoleville* (1974): una zona de actividad industrial flanqueada por grandes conjuntos de viviendas de alquiler moderado y barrios para los cuadros. Esto no es en absoluto un vestigio del pasado: Toyota-City es su prototipo más espectacular, aunque allí triunfen los modos de gestión más postfordistas ("ohnistas", diría Benjamin Coriat, 1991): *just in time*, círculos de calidad, etc.

Por otra parte, la red, debido a su definición más funcional que geográfica, amplía fantásticamente las potencialidades espaciales de los nuevos "objetos" que incluye. Si la esencia de la nueva organización industrial es la conjunción de la autonomía de gestión de las unidades económicas y de su mutua cooperación rutinizada (división social más contacto cara a cara), la *topología* de la red va a depender de las formas técnicas y sociales de organización y de relación de lo que por una parte debe seguir estando "modularizado", y por otra "coordinado". Lo que nos presenta Pierre Veltz es el interés del punto de vista del ingeniero en organización. A partir de esto, una buena red de transportes y de comunicaciones puede compensar la pérdida de algunas de las ventajas de la aglomeración. Más allá del distrito (que es una red, incluso aunque no sea más que un *halo*) se perfila la *red de distritos*, lo que Pierre Veltz señala cuando habla de industrias que viven "a caballo de dos ciudades". El ejemplo más espectacular es el binomio aeronáutico París-Toulouse.

Reflexionemos sobre este ejemplo. El distrito aeronáutico de Toulouse es un distrito jerarquizado en torno a la empresa Aérospatiale, por lo

ta de los medios de un aparato de Estado completo (monopolio de la violencia legítima, etc.).

demás bastante influenciada por sus orígenes estatales (desde el periodo anterior a la guerra, y por razones militares). Se ocupa esencialmente del montaje de la unidad-mercancía final: aviones. Por otra parte, está integrada en una red de distritos de tamaño europeo (la de Airbus Industrie). Por su parte, los motores CFM-56 de la SNECMA ("Sociedad Nacional de Estudios y Construcciones de Motores de Aviones") se producen en otro distrito de mecánica de alta tecnología, esparcido en arco al suroeste de la aglomeración parisiense ("El Arco de la SNECMA"). Este último distrito surgió de los escombros de un antiguo distrito industrial "clásico", o más bien de un "cinturón rojo" de distritos que se basaban en los obreros profesionales que fueron el orgullo del movimiento social francés (ya en 1936, Hispano-Suiza lanzó en Bois-Colombes una oleada de huelgas con ocupaciones).

Examinemos este último distrito (El Arco de la SNECMA). Constatamos que bordea otros distritos, especialmente la "Ciudad científica" de París (centrada en Orsay) y el distrito electrónico del sur de los Hauts-de-Seine. En su extremo norte toca incluso el distrito de negocios de La Défense. Por tanto, el distrito aeronáutico parisiense, además de mantener relaciones de colaboración con el distrito de General Electric en Nueva Inglaterra, está a su vez estrechamente relacionado con otros distritos (que pueden también colaborar con Toulouse, especialmente para la electrónica). Por tanto, pertenece no solamente a una "red de distritos", sino también a un *distrito de redes*. Allí, entre la autopista del oeste y la autopista del sur se han reunido distintos sectores a lo largo de la llanura de Saclay (entre ellos la industria nuclear). A menudo tienen relaciones transaccionales, y tienen sobre todo en común un mercado de trabajo de obreros altamente cualificados, de técnicos, de ingenieros y de científicos. Volvemos a encontrar allí las economías de aglomeración intersectoriales, o economías de urbanización. La "atmósfera...", aunque no se trate ya de la del realismo poético tan caro a Carné y a Prévert, que agoniza en los escombros del resto del antiguo cinturón rojo. Cuando recordamos que Toulouse tampoco se reduce de ninguna manera a la Aérospatiale (es también ONIA, la electrónica...), se capta la especificidad de la *metrópolis*: es un "distrito de redes", una aglomeración de industrias relacionadas por su proximidad y sobre todo por su "tipo social", antes incluso de pasar a las transacciones mercantiles.

Es esto lo que, ampliando el concepto de Garofoli,³ en el capítulo de Leborgne y Lipietz se denomina "área-sistema". Grenoble es un área-sis-

tema: si la electrónica se ha desarrollado allí, no es solamente debido a una lógica interna (del tipo de Silicon Valley), sino porque Grenoble era *ya* (y sigue siéndolo) un distrito electromecánico vinculado a la transformación de la energía hidráulica, y la contradicción "empresa regional profesionalizada/gran grupo nacional", señalada por M. Dunford a propósito de Télémécanique, había agitado *ya* a Grenoble en la primavera del fordismo, cuando se produjo la absorción de Merlin-Guérin por parte de Alsthom.

Pero la "mayonesa" del distrito de redes no cuaja fácilmente. Podemos considerar que en Toulouse no ha "ligado" verdaderamente hasta los años 80 (después de decenios de descentralización voluntarista de industrias de alta tecnología desde París), y, pese a las proclamaciones de "Montpellier la Superdotada", los observadores americanos Storper y Harrison no ven allí más que una "catedral en el desierto".

Aquí nos encontramos con la segunda dimensión del "cambio de terreno de juego": el regreso de lo político. El concepto de "articulación del poder" da buena fe de ellos. Pero Mick Dunford plantea de entrada y agresivamente (por supuesto, contra el thatcherismo) la dimensión política del propio debate: independientemente de toda discusión sobre la forma, la naturaleza, la dimensión ética o social de los modos de articulación del poder, el simple hecho de que las redes *funcionen* así tan bien o incluso mejor que si estuviesen contrapoladas exclusivamente por el mercado, es suficiente para refutar las pretensiones neoliberales, para subrayar (con un espíritu muy marxistizante) la presión hacia la superación de las relaciones mercantiles, mediante el desarrollo de las fuerzas productivas...

La contribución de Leborgne y Lipietz, más bien gramsciana, demuestra que la elección *política* de un modelo de desarrollo en vez de otro (elección que tiene su origen en la emergencia de un nuevo bloque social territorial al mismo tiempo que lo consolida) va a determinar el tipo de red industrial y el mercado de trabajo local, y por tanto, la dirección de desarrollo del territorio. Esto provoca inmediatamente la objeción de Pierre Veltz: ¿a qué escala geográfica actúa esta elección?

Buena pregunta. Después de una relectura, parece que, pese a sus negativas, Leborgne y Lipietz, cuando dicen "territorio", sugieren más bien "país", ya que sitúan las transformaciones de la relación salarial en el primer nudo de bifurcación de los escenarios del "postfordismo", y estas transformaciones dependen en gran medida de un marco legislativo y

línea (por ejemplo una industria, y la producción de las máquinas-herramienta de esta industria).

³ Según Garofoli, el área-sistema agrupa, en un distrito que se ha mantenido con un tamaño pequeño (por ejemplo Módena) varios sectores en interacción dentro de la misma

convencional nacional.⁴ Pero Pierre Veltz tiene razón cuando subraya que todo esto no tiene interés práctico (ni tampoco teórico) a no ser que exista un margen de maniobra para los bloques sociales regionales, capaces de poner en práctica nuevos modos de articulación del poder a nivel local, independientemente de la política nacional o continental (piénsese en la CE) y de la macroeconomía mundial. Bernard Ganne afronta directamente el problema, mostrando que:

– es sin duda la política gaullista, modernizadora y centralista, de forjización “desde arriba”⁵ lo que ha acabado con la mayor parte de los antiguos distritos industriales franceses;

– si éstos se han dejado eliminar es porque su reproducción local se basaba en formas de articulación del poder poco dinámicas, dependientes a su vez de una política central “melinista” de protección sistemática de los intereses locales.

En resumen: la infranqueable dialéctica de lo local y lo global, que habíamos apuntado en la introducción como consustancial a todo análisis social, nos la volvemos a encontrar al nivel de las formas de articulación del poder. Por tanto, no es posible tener un determinado tipo de “regiones que ganan” (o más bien una determinada manera de ganar, para una región) más que en el marco de un determinado tipo de Estado nacional (o confederal: Lipietz, 1990a; Leborgne y Lipietz, 1990), y estos Estados no “ganarán” en la competencia económica internacional más que si saben crear este tipo de “regiones que ganen”.

Que ganen *económicamente*, no hay ni que decirlo. No entraremos aquí en el debate sobre los criterios políticos, sociales, éticos, ni ecológicos de “victoria” en la materia. Podemos considerar que Los Ángeles es en sí misma una catástrofe ecológica (y la administración de Los Ángeles comparte esta opinión), pero hay *Grünen* contrariados en un Frankfurt “demasiado pequeño”. Resulta que Frankfurt es la capital financiera de una potencia económica mundial ascendente, y Los Ángeles “gana” dentro de un mastodonte que se encuentra al borde de la quiebra.

Conectemos entonces las dos cuestiones que aparecen repetidamente en la tercera parte (redes y política) con la primera cuestión de nuestra introducción: “¿metrópolis o megalópolis?”. Ahora podemos reformularla de la siguiente forma: Las regiones que ganan en la Europa que gana (Alemania del Sur e Italia del Norte) son redes de distritos con algunos

⁴ No obstante, es obvio que estos autores son lo bastante conocedores de Gramsci y de Italia como para no subestimar la variabilidad interregional de los bloques hegemónicos dentro de la misma nación.

⁵ Ver sobre este punto Lipietz (1984, 1991).

distritos de redes metropolitanas de tamaño medio (Munich o Milán). Por el contrario, Los Ángeles aparece como un inmenso distrito de redes, con una articulación a veces tan poco evidente (¿qué “atmósfera común” existe entre las *sweatshops* textiles del viejo centro y la electrónica de Orange County, aparte de que en ambos sitios encontramos latinoamericanos sobreexplotados?) que incita a hablar de “halo de redes” (por usar nuestra traducción del *ring without core* de Storper y Harrison), e incluso, en consideración a su tamaño, de *nebulosa de redes*.

Arriesguemos pues una última hipótesis, indemostrable en el estado actual de las investigaciones. Si es cierto que los dos ejes principales de salida de la crisis del fordismo oponen soluciones capitalistas de tipo “menos organizadas” a soluciones de tipo “más organizadas (y negociadas)”, y si es cierto que cuanto menos articulación del poder explícita exista, más necesario será que el mercado se apoye sobre esta forma de regulación implícita que es la aglomeración, entonces es comprensible que el primer tipo de salida de la crisis potencie las “nebulosas de redes”, y el segundo tipo las “redes de distritos” (con algunos distritos de redes “de tamaño humano”). Si denominamos a las primeras “megalópolis” y a los distritos de redes “metrópolis”, entonces la megalópolis aparece como la forma espacial de las regiones que ganan (Londres o Los Ángeles) en los países que pierden, y la metrópolis (como distrito de redes y, en este sentido, cabeza de varias redes de distritos), el tipo de región que gana en los países que ganan.⁶

Lo que nos lleva finalmente a Francia y a su “única baza frente a la Europa de 1993”, la megalópolis de Ile-de-France. En el momento en que escribimos estas líneas, los peligros de una megalopolización incontrolada, incluso incentivada en nombre de los “efectos de aglomeración”, parecen percibirse cada vez más en el plano de la ecología urbana. El espectro de una evolución espontánea de la región hacia los 14-15 millones de habitantes dentro de veinte años comienza a inquietar seriamente a los representantes políticos y a los tecnócratas más productivistas.

El tema es que la aglomeración parisiense es ya una megalópolis y Pierre Veltz nos muestra las fuertes tendencias que existen hacia su concen-

⁶ Esta hipótesis había sido ya esbozada a propósito de las megalópolis del tercer mundo (como las de Sao Paulo y México) en Lipietz (1985c). Queda el “caso Tokio”. Se ha dicho en la introducción que la topología física de la isla de Honshu hacía el debate bastante complicado (como por otra parte en el caso del Randstad holandés). Al ser el Japón de los años 80 un modelo absolutamente mixto de kalmarismo y neotaylorismo, no es sorprendente que se vuelvan a encontrar allí algunos de los determinantes sociales de la megalopolización (se abandona Osaka y Nagoya por Tokio porque “es allí donde pasan las cosas”).

tración. La lucha contra la megalopolización, si nuestra hipótesis es correcta, no es tanto un asunto de urbanismo y de ordenación del territorio como de opción de sociedad. Frenar la megalopolización de Francia significa, en primer lugar, impulsar a las demás metrópolis, las ciudades medianas y las regiones a organizarse en distritos dotados de fuertes estructuras de articulación del poder democráticamente negociadas. Significa, en segundo lugar, intentar estructurar la nebulosa parisiense en torno a un número limitado de distritos de redes bien tipificados, identificados con mercados de empleo y con sistemas de formación profesional, a fin de limitar los desplazamientos domicilio-trabajo internos a la aglomeración.

Para ello, es necesario además que surjan, tanto en París como en provincias, bloques sociales resueltos a afrontar de manera ofensiva los desafíos de la crisis ecológica y económica...